El show de Joselo

CARMELO VILDA

"Y yo que salí del pueblo, yo que he vivido con él, trabajado y sufrido con él, yo que he adquirido el derecho de afirmar que lo conozco, vengo ahora a plantear delante de todos la personalidad del pueblo. No la he conocido en sus aspectos superficiales, pintorescos o cómicos, no la he contemplado desde fuera sino que la he sentido desde dentro".

(J. Mihcelet: Le Peuple, pg. 11-12)

Todos los martes a las ocho de la noche entra en nuestras casas JOSELO. No es ciertamente un programa producido "por" el pueblo pero sí al menos "sobre" el pueblo. No pretendo en esta ocasión dilucidar este matiz. Me quedo por ahora con la hipótesis de que es al menos un "show" popular visto y saboreado por los diversos estamentos de nuestra sociedad. Y cuando digo popular aludo a su penetración comunicativa y a su contenido temático.

La estructura del montaje es muy simple. Tres o cuatro noticias de actualidad que a lo largo de la semana ha popularizado el periódico Ultimas Noticias sirven de apoyo al texto. El libretista Menéndez Bardón, con sagacidad ocurrente, sabe rescatar esos sucesos que conciernen o maneja la población marginal y que a la vez afectan también de alguna manera a la burguesía. La última entrega de la serie (día 23 - X) trabajaba por ejemplo sobre el tema del Diferendo con Colombia, el desabastecimiento de azúcar y arroz como preámbulo para subir los precios, la delincuencia y las pretensiones del feminismo.

Los emplazamientos o ambientaciones contribuyen también al éxito. Es evidente que una peluquería con un barbero cotorro, la bodega de un "musiú"portugués o los apartamentos contiguos de un adeco y un copeyano son lugares privilegiados para pulsar la realidad nacional. Si a estos elementos fácilmente combustibles se añade un lenguaje que subvierte la categoría "académica" como molde único de lo literario y se constituye en expresión que más que jerga es contraliteratura, código e imágen económico-social de quien así habla, se obtendrá una fórmula eficaz y repetible.

En definitiva resulta un programa popular no solamente por su vitalismo o espontaneidad sino porque refleja imagenes vivas, naturales de la comunidad marginal. Mientras los programas llamados "cultos" amplían y complican la realidad para disfrazarla o manipularla, JOSELO la reduce a sencillos "sociodramas" que la desmontan y desnudan.

¿Cuál es por tanto la diferencia radical que distancia a JOSELO de esos otros programas que se ofrecen a continuación con tanta o mayor aceptación llamados Telenovelas? La confrontación me sirve para iluminar la hipótesis que pretendo demostrar.

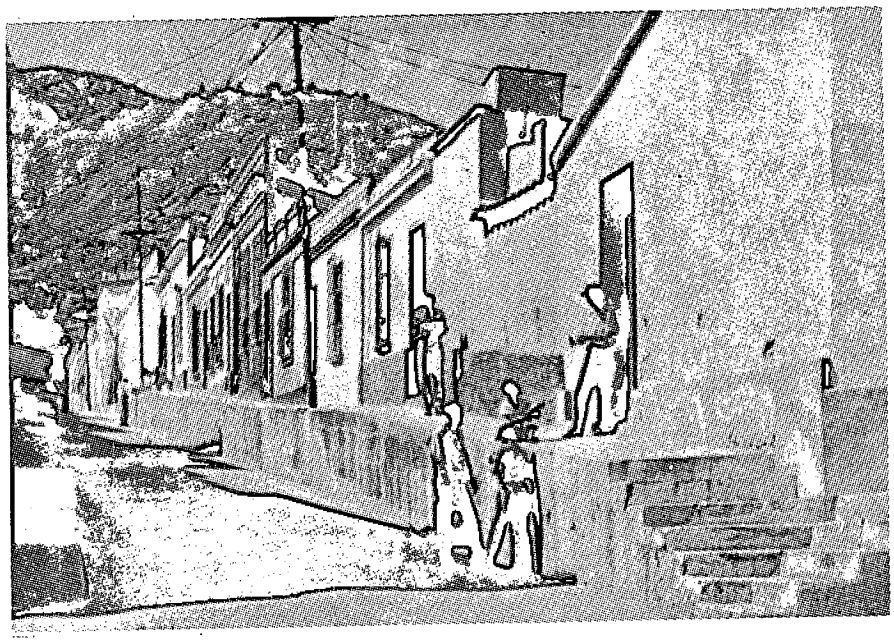
EL SHOW DE JOSELO Y LAS TELENOVELAS

Los dos géneros florecen en situación de crisis general o en sociedades malditas por sus estridentes diferencias. Los dos son exponentes de una cultura en la que los "valores tradicionales" se cuartean o son ya arrastrados por irrupciones y cambios no asmilados. En estas circunstancias las telenovelas tratan de transbordar al espectador hacia situaciones patéticas, emotivas y sentimentales sustitutivas de la realidad a través de un mundo de ensoñación artificial, de azares prodigiosos y tramoyas casi milagrosas. Promocionan la piedad, el respeto familiar, la evasión pasajera y los esquemas socio-económicos vigentes. Para ellas las causas del "mal" radican en la ausencia de "moralidad" personal. El "Show de Joselo", por el contrario, frente al desconcierto reinante acelera la desmitoligización del poder y disgrega sus fundamentos idolátricos. No es tanto un programa sobre las penurias y necesidades del pueblo cuanto una crítica contra el Gobierno, es decir, contra la incapacidad institucional para solucionar los problemas. ¿Qué deben JOSELO y NAPOLEON (especies criollas de Rinconetes y Cortadillos) a la democracia si se sienten marginados y desasistidos por ella? La reacción evidente no puede ser otra que la "oposición" posible: mostrar su situación con júbilo cínico para que a través de sus miserias el público vea la debilidad y torpezas del sistema político que gobierna. Daría para una estupenda tesis de sociología el estudio sobre la toma de conciencia, sobre la madurez crítica y la desconfianza creciente de las clases populares respecto a los partidos políticos, sus líderes y la administración pública. En los barrios es un detalle que no puede pasar desapercibido. El "poder" hoy carece de carisma y ya no arrastra voluntades. Sólo suscita picardías y vivezas como respuesta. ¿Habrá influido algo en este cambio, dada su amplia sintonía el show de Joselo? No faltan, al menos, premisas que pudieran confirmar el hecho.

La constante carestía de la vida y el destartalamiento de los servicios públicos sirven a Joselo para bajar semanalmente de su pedestal a los burócratas inútiles (¿Recuerdan a Nerón y al repelente Jaleti?). Igualmente, a lo largo del año tanto los candidatos presidenciales como los gobernantes van perdiendo poco a poco la personalidad hasta quedar reducidos a fantoches. Cada semana la realidad queda transformada en esperpento, en parodia grotesca ¿No es esto una ceremonia de exorcismo para deshacerse de esa realidad que ensalzan y cantan con sorna?

Pero aunque esta hipótesis no se cumpliera, al menos el show de Joselo frente a las alienantes telenovelas se comporta como antítesis dialéctica. Sus personajes son antihéroes, pícaros que rechazan las reglas del juego vigentes y por eso se destierran. Viven como exilados dentro de su mismo país. Tienen algo de ácratas, algo también de saboteadores y mucho de pícaros. Opuestos al humanismo evasivo y romántico de Don Quijote y al de su sensiblera e idealizada Dulcinea (telenovelas) el show de Joselo no ofrece la alternativa realista o intermedia de Sancho Panza sino la escuela de dolidas pillerías en la que se formaron el Lazarillo de Tormes y más concretamente Guzmán de Alfarache.

No hay duda de que el show de Joselo podría servir para concientizar a los habitantes marginales y para tener con ellos simplicísimas sesiones de análisis socio-económicas. No resultaría difícil siguiendo la partitura del programa comprobar cómo la prosperidad de los precios petroleros no llega a los barrios, o demostrar la incapacidad de los políticos para equidistar un poquito las enormes distancias económicas, incluso para iniciar posibles solidaridades comunales en vista a enfrentar los males de la inflación. Después de cada programa habría que suscitar un "debate" para que los telespectadores no se queden con la alternativa que parece ofrecer Joselo: aquí no hay nada que hacer, aquí no va a pasar nada... por consiguiente a reír y bailar. Pero resulta un baile patético con sabor a ira y a desprecio. ¿Sadismo propio de



nuestro pueblo? No deja de ser un rasgo propio de nuestra idiosincrasia reírse de sí mismo o echarse una pea cuando no se puede o es difícil abrir paso a la esperanza o a la eliminación de las dificultades vitales. Ni es raro tratar negocios importantes o arreglar el mundo, y por supuesto Venezuela, con un vaso de caña en la mano mientras se echan ojeaditas picaronas al otro sexo. Curiosamente este tipo de borracho festivo es un estereotipo casi constante en los programas de Joselo.

La telenovela sería, por tanto, el anverso nostálgico de situaciones sociales falsamente abordadas en las que la estratificación socio-económica, y el prestigio y la felicidad personal emanan de un amor subjetivamente realizado, del dinero, del machismo, de las lágrimas o simplemente de la paranoia. Por otro lado esquemas tan majaderos como el triángulo amoroso, la jovencita pobre que supera sus penurias gracias a un enamoramiento casi mágico o el enfrentamiento ascendente entre el héroe y el villano convierten a las telenovelas en un programa goloso para amas de casa aburridas, sirvientas sin esperanzas de movilidad social y en general personas con amagos de neurosis frustrantes.

El show de Joselo por el contrario sería el reverso de ese espejo: si todo el mundo roba (comerciantes musiús); si todo el mundo miente (gobernantes que prometieron El Dorado al pueblo); si todo el que tiene poder lo ejerce con ojo egoísta (burguesía y la desigualdad de oportunidades ante la ley y ante los servicios públicos); si todos estos no hacen lo que deben y encima son premiados y se ufanan de ello... preferible la huída lúdica y la ficción pícara. Esto es precisamente lo que hacen y comentan Joselo y su colega Napoleón al son de una charrasca y ritmo que suena a cumbia colombo-venezolana.

De todas maneras pienso que aunque el show de Joselo no pretenda suscitar una conciencia crítica en los televidentes, sí despierta a su pesar, la sensibilidad contestataria del pueblo y le proporciona al menos razones, vivencias y hechos de vida para que rechace las imágenes celestiales que pretende comunicarle el Gobierno. Esta constatación parece incuestionable y fue un factor decisivo que influyó en las elecciones anteriores.

Precisamente el éxito del show consiste en ubicarse siempre en la oposición, es decir, en ofrecer estímulos para la catarsis o venganza personal contra un poder establecido que no funciona como facilitador de bienestar. La telenovela también se cuadra en la oposición. Pero no ataca la realidad ni pretende transformarla. Se sale de ella.